

JANUSZ KORCZAK

Un maestro ejemplar

p. 1-3

Funcionamiento de los hogares, características de los niños p. 4-25



UN MAESTRO EJEMPLAR

por Prof. Daniel Silber, Santa Fe, Argentina (la Revista „Sensibilidades“ 2002)

Jacobo Dodiuk, hoy de 76 años, padre de 2 hijos, reside en Francia desde 1937, donde se dedica a trabajar con cueros finos. Durante la 2ª Guerra Mundial integró la Resistencia antinazi. Algún tiempo atrás, en los años decisivos de su formación, vivió en el Hogar de Huérfanos de la calle Krolmachna 92, que dirigía el dr. JANUSZ KORCZAK.

Tiene recuerdos precisos, concretos. "Han pasado tantos años, han ocurrido tantas cosas, y, sin embargo, vuelvo a ver el Hogar y al Dr. Korczak como si fuera ayer ... allí era feliz". Dodiuk nació en el seno de una familia judía pobre, en una pequeña aldea polaca. Cuando tenía 2 años falleció su padre y con su madre se marchó a Varsovia, donde vivía una tía. Allí eran 8 personas en una sola habitación, que a la vez hacía de cocina y lugar de trabajo. Como la vida no era nada fácil, su madre decidió internarlo en el Hogar de Huérfanos del Dr. Korczak.

Estos son sus recuerdos: "... me impresionó aquel gran edificio moderno, con calefacción central y 2 grandes dormitorios, uno para 51 niños y otro para 56 niñas. En la Sala de Recreo había un gran gong que golpeaba la directora, sra. Stefa Wilckynszka, para llamarnos a comer... Cuando llegué, el Dr. Korczak me revisó... me hizo bromas e inmediatamente le tomé confianza... nos levantábamos a las 6 y desayunábamos a las 7; para el "segundo desayuno" nos daban una merienda que llevábamos a la escuela, porque todos asistíamos a las escuelas de la ciudad. Yo iba a la de la calle Bryzbowska, que admitía chicos judíos. A las 3 volvíamos al Hogar a almorzar, luego hacíamos los deberes. Cada uno de nosotros debía desempeñar una tarea... en el Hogar había 1 cocinera y 2 ayudantes... después del trabajo podíamos jugar hasta la cena ... a las 8.30 debíamos estar en la cama; entonces un monitor o el mismo dr. Korczak nos leían en voz alta o nos contaban cuentos. A veces alguien tocaba el violín o escuchábamos algún disco ...

El sistema del dr. Korczak se fundaba en el autogobierno por parte de los niños. La institución más importante era el Tribunal, cuyo Código lo había redactado el doctor y ante el cual se presentaban los principales delitos: golpes, insultos, hurtos, faltas de disciplina, negligencia en el cumplimiento de las tareas. En los 2 últimos casos, eran los educadores quienes hacían cargos a los niños en falta. El acusado y el acusador se presentaban con sus testigos ante el educador, quien tomaba la acusación. El Tribunal lo componían 5 jueces de 12 a 14 años, elegidos por sorteo entre los chicos que no habían cometido faltas durante esa semana. Un educador participaba del Tribunal como secretario, sin derecho a voto; su tarea era anunciar los casos a juzgar, llevar un registro de los veredictos inapelables y leerlos

públicamente, lo que se hacía los sábados por la mañana, delante de todos, alumnos, educadores y personal. Entre los chicos del Hogar se promovieron normas de conducta muy diferentes a las imperantes en la calle de la que habían salido. De ese modo, la solidaridad, la responsabilidad individual y colectiva, el trabajo mancomunado, el respeto por el otro, el esfuerzo creador, la libertad y la justicia se transformaron en los valores concretos (y no abstractos) en torno a los cuales giraban todas las actividades, tanto laborales como educativas y / o recreativas.

Entre las novedades educativas revolucionarias que nacieron en el Hogar -todo un ejemplo de autogestión- tenemos un periódico realizado íntegramente por los mismos chicos, campamentos y vida al aire libre, talleres para el autoabastecimiento y un Tribunal de Justicia, compuesta pura y exclusivamente por los chicos internados. Sin lugar a dudas, estos espacios de participación genuinos, se transformaron en herramientas concretas de protagonismo infante - juvenil en el proceso de toma de decisiones y de democratización real y verdadera en la enseñanza. En el Hogar de Huérfanos de la calle Krolmachna, el trabajo era una actividad productiva, formativa y educativa.

Paralelamente Korczak realizaba un programa radial que se difundía a toda Polonia, en el que los principales corresponsales (unos 2000) eran chicas y chicos de todo el país, que con sus cartas, canciones, poemas e informes daban vida a sus audiciones. Sin embargo, y a pesar de la gran popularidad con que contaba esta audición semanal, fue levantada por razones de orden político y discriminatorio.

Con el inicio de la 2ª Guerra Mundial, las cosas se modificaron sustancialmente. Es conocida la política de persecución a los judíos -por el solo hecho de serlo- practicada por el nazismo. Al derrotar a Polonia y tomar el poder, los nazis crearon en todo ese país los ghettos, que eran barrios aislados del resto de la ciudad por paredones y alambradas de púas, custodiados por policías y otras fuerzas de seguridad, en los cuales se confinaba a los judíos, que carecían así de la mayoría de los servicios esenciales para la vida.

Debido a esta política racista y antisemita, el Hogar de Huérfanos de Korczak fue clausurado, sus bienes confiscados y sus integrantes encerrados en el ghetto. A pesar de ello, y aunque Korczak estaba amargado, triste, cansado y sin esperanzas, resolvió retomar la tarea y refundar el Hogar en las nuevas condiciones del ghetto. Nuevamente lo rodeó un grupo de abnegados colaboradores y ayudantes (médicos, enfermeras, maestras), quienes sobreponiéndose a la pésima situación en que se hallaban, fueron dando forma y vida digna al nuevo Hogar. Así, poco a poco, y contando con la solidaridad de algunos pobladores del ghetto y de fuera de él, se fue retomando la dinámica de la labor en el Hogar, reapareciendo el periódico y gestando nuevas iniciativas para elevar la moral de sus más de 200 chicos integrantes.

Hacia mediados de 1942, los nazis resolvieron liquidar el ghetto de Varsovia. Para ello realizaron grandes cacerías humanas ("aktzias") para capturar gente y deportarla a los campos de concentración y exterminio. En una de ellas, el objetivo fue el Hogar de Huérfanos: todos sus componentes fueron aprisionados. Debido al prestigio internacional de Korczak, la comandancia nazi le ofreció salvar su vida y canjearla por prisioneros de guerra. Korczak rechazó sin dudar esta oferta. Cuando su Hogar fue clausurado el 5 de agosto de 1942, prefirió no abandonar a sus chicos y marchar junto a ellos en los vagones de ganado hacia las cámaras de gas de Treblinka.

Korczak no era un pedagogo; sí un director de Hogares para Niños. Sin embargo, sus trabajos pedagógicos y educativos representaron -en su tiempo y lugar- toda una revolución, un aire purificador, dadas las innovaciones llevadas a cabo, ya sea por su profundidad como por su novedad. Escribió más de 26 libros relatando todas y cada una de sus experiencias, aún en los duros tiempos del ghetto. Ya en 1901 (¡!!!) escribió "Los chicos de la calle", orientado a quienes serían el objeto fundamental de su labor

y sus desvelos. Las condiciones de vida y de trabajo de aquellos días expulsaban a las calles a miles de chicos, hijos de hogares obreros, sumidos en la miseria y el dolor. El abandono era una de las consecuencias

De allí la enorme significación de lo realizado por Korczak:

- por ocuparse de los chicos desamparados
- por no resignarse ante las penurias y luchar para lograr sus objetivos
- por lo novedoso de su trabajo, con un sector de la sociedad hasta entonces no considerado
- por su valentía y decisión
- por los cambios que introdujo en el proceso de enseñanza aprendizaje.

JANUSZ KORCZAK, al superar la mediocridad, estimular el pensamiento reflexivo y la acción autónoma -aún en las condiciones límites del ghetto- introdujo un componente distinto y renovador en la educación: el protagonismo del estudiante, no como alguien pasivo sino como un actor fundamental. Por otra parte, al fijar su mirada en los chicos de la calle, sus enseñanzas, su pensamiento y acción tienen plena vigencia en nuestros días. Basta con solo recorrer algunas calles de nuestras ciudades para observar cómo decenas de pibas y pibes deambulan tratando de sobrevivir.

Su abnegada vida (1878 - 1942) es un canto a la vida, a la Humanidad y a la justicia; es un ejemplo de entereza, entrega, coraje. Fue un maestro ejemplar. A 60 años de su desaparición física es bueno que lo recordemos, pero no para dejarlo quieto como tantos íconos, a quienes así volvemos a matar. Su modelo debe servirnos de guía para la reflexión y para la acción.

© Prof. Daniel Silber
Santa Fe - Argentina - silberdan@arnet.com.ar
Especial para Sensibles del Sur

Fuente:

www.paginadigital.com.ar/articulos/2002rest/2002sext/textos/sensibles40.html#Sensibilidades

Funcionamiento de los hogares y características de los niños

Fuente: www.esuelaintegral.edu.uy/servidoreihu/beershevaeihu/pag/histninos.htm

En un capítulo anterior hemos intentado narrar las historias de los asilos dirigidos por Korczak; inclusive, describir algunas de las particularidades fundamentales de los edificios que fueron ocupando en distintos momentos. Trataremos ahora de lograr una aproximación al funcionamiento de ellos y a reconocer las características de sus principales integrantes: los niños.

La población infantil provenía de medios sociales distintos. Algunos niños formaban parte de hogares carentes de recursos que pudiesen asegurar las mínimas condiciones de vida, pero, pese a la precariedad económica, tenían hábitos culturales comunes con los integrantes de las familias, las cuales generalmente respetaban las costumbres, lo que establecía lazos de afecto entre los componentes, más allá de desavenencias circunstanciales.

Como estas distintas experiencias - gratas e ingratas- creaban verdaderos vínculos, la incorporación de los huérfanos conflictuaba severamente a muchos de ellos, porque debían adaptarse a nuevas realidades, modificándose las relaciones que tenían establecidas con sus hogares originarios.

Otros niños, procedentes de la calle, estaban desvinculados de sus familias. Acechados por los peligros que engendraba la calle, estaban compelidos a encerrarse en ellos mismos para defenderse de los permanentes riesgos que enfrentaban. Para sobrevivir en un medio tan turbulento y cruel potenciaban sus posibilidades individuales en desmedro de las que podían elaborar en conjunto.

La heterogeneidad de sus lugares de procedencia definía comportamientos distintos, acentuaba rivalidades, creaba antagonismos y, en consecuencia, se producían situaciones embarazosas que debían ser atendidas muy cuidadosamente.

Por otra parte, los asilos eran mixtos. Niñas y niños llegaban desde historias muy dramáticas, en muchas de las cuales había habido vejaciones y malos tratos. Era necesaria una alta dosis de ductilidad para superar prejuicios e ignorancias.

Los asilos los recibían con esas particularidades y a partir del ingreso intentaban crear condiciones de vida distintas, en muchos casos propuestas a las que habían tenido, pero además pretendían lograr formas de convivencia efectiva entre todos los internados, pese a las diferencias señaladas. Los asilos fueron espacios de encuentro creados por Korczak para albergar a una población infantil totalmente marginada por la sociedad. Habitar estos establecimientos significaba integrar una Casa que tenía su propia estructura y funcionamiento. Las relaciones entre los niños y entre éstos y los adultos debían ser permanentemente estudiadas y modificadas de acuerdo con las necesidades o las expectativas del conjunto.

Los niños, generalmente, ingresaban con mucha desconfianza, inclusive con temor, porque se abrían ante ellos un espacio que les resultaba desconocido, tanto en sus aspectos físicos -los edificios, sus instalaciones- como en sus modalidades.

Stanislaw Tomkiewicz, médico y educador, narra en su trabajo referido a la vigencia de Korczak "la sorpresa de los niños cuando vieron el magnífico dormitorio: algunos no habían dormido jamás en una cama con sábanas limpias. Algunos de ellos se acostaron bajo la cama pues no se atrevían a meterse en ella, preferían dormir en el suelo, lo que era mucho más natural para ellos".

Para muchos niños significaba modificar profundamente sus hábitos, ya que en los asilos estaban

acotadas todas las actividades, reconociéndose asimismo la importancia que tenía el tiempo destinado al juego y al ocio que permitía el acercamiento de todos ellos.

Ya se ha expresado que Korczak había abandonado la práctica médica intensa y sólo ejercía en los asilos, atendiendo a los internados desde el momento del ingreso. Como también actuaba de peluquero y conversaba mucho con los chicos, contando cuentos y fábulas, establecía una excelente relación personal que suavizaba los resquemores iniciales.

A los doce meses de ingresado un niño, la totalidad de la población infantil de los asilos, reunida especialmente, calificaba al ingresante por su comportamiento social e individual, de acuerdo con categorías instituidas y reconocidas como válidas por todos los habitantes de los asilos. Las categorías eran: "persona desagradable", "persona indiferente", "ciudadano" y "compañero". Su asignación se trataba y se renovaba periódicamente, existiendo asimismo tribunales de apelación - también integrado por niños- que podían modificar las designaciones originales. Constituyeron prácticas muy importantes, porque permitieron a los internados tomar decisiones que los afirmaban como seres humanos, en contraposición a la realidad exterior a los asilos, donde el desprecio y el menoscabo los condenaban a la marginación.

Todos podían opinar y expresarse sin limitaciones y ello los obligaba a reconocer y aceptar las determinaciones del conjunto. El director ejercía una verdadera función rectora y apoyaba su tarea en la labor desarrollada por los jóvenes docentes y auxiliares, pero, fundamentalmente, en los aportes que realizaban los internados, quienes debían atender responsabilidades concretas asignadas por el conjunto de integrantes de los asilos: niños y educadores.

En el asilo de Krochmalna 92, se verificaba una dificultad adicional: se hablaba polaco y eso afectaba a los niños que se expresaban en ídish o en hebreo, lenguas desconocidas por Korczak, quien, por haber sido educado en un hogar judío asimilado, solamente conocía el idioma oficial de Polonia.

Salomón Wassertzug, educador ayudante en el Asilo de Huérfanos Judíos, recuerda esta circunstancia en la biografía dedicada a su maestro: "Con el tiempo (Korczak) introdujo en el hogar un curso de ídish y también de hebreo, a fin de que los niños no se desvincularan de estas lenguas".

Wassertzug dice que Korczak advertía que "los niños sufrían a causa del cambio del cambio de idioma, pero entendía que era importante para modificar el orden establecido". La incorporación al asilo de niños que muy tempranamente habían tenido que enfrentar condiciones adversas de vida, determinó, por parte del educador polaco, apelar a recursos desconocidos. Sin duda, la cuestión del idioma - permanente preocupación de Korczak a través de su vida - fue una difícil decisión que, por cuanto se conoce de la vida cotidiana en el asilo, fue acertada.

Korczak ha escrito hermosas páginas refiriéndose a excelsas cualidades de los niños. Ellas han sido resultado de sus agudas observaciones y del profundo conocimiento que logró acumular después de haber compartido con ellos casi toda su vida.

Pero no idealizó. No aceptó el criterio de los educadores que, siguiendo la línea de Rousseau, consideraban que un niño es bueno por naturaleza y que su comportamiento es modificado por las condiciones exteriores. Korczak no tenía la misma visión. Expresó que el niño puede ser agresivo, mentiroso, cruel, hipócrita, desleal, haragán, más allá de la justificación que es posible elaborar por su extracción social, y también por los riesgos que suelen enfrentar y lo obligan a una permanente mutación de sus íntimos deseos para poder sobrevivir en una sociedad que ignora sus derechos y, más aún, ignora al mismo niño como ser humano pleno de derechos.

Muchas eran las diferencias que existían entre los niños y las niñas que vivían en los asilos; y no obstante Korczak intentó - y logró - crear instituciones que los contuvieron y posibilitaron el crecimiento de cada uno de ellos en un clima de efectiva tolerancia.

No fue sencillo alcanzar formas de convivencia entre chicos cuyos primeros años de vida habían sido signados por acontecimientos muy dramáticos y que, fundamentalmente, tenían en común un profundo sentimiento de desprecio por el mundo de los adultos.

Con anterioridad a 1910, fueron veinticuatro los niños asistidos por Stefa Wilczynska en la originaria Asociación que se constituyó, al año siguiente, como el Asilo de Huérfanos Judíos de Varsovia.

Ahí comenzó la experiencia que se mantuvo hasta 1942, superando, a través de los años, complejas dificultades que se procesaron como valiosas enseñanzas.

Cabe manifestar que siempre fue necesario atender a las demandas y expectativas del mundo exterior con tanta dedicación como la que exigía responder a las múltiples situaciones que diariamente se presentaban en los asilos.

Korczak expresaba: "sólo el trabajo convertía a un grupo de huérfanos anarquizados en un conjunto útil para todos" y, en consecuencia, hizo del trabajo el eje de funcionamiento de los asilos.

Pero no lo impuso, no lo ordenó desde la dirección que ejerció, sino que lo proyectó sobre los asilos y la totalidad de sus integrantes, para que todos ellos, niños y educadores, participasen de su cumplimiento; un cumplimiento que tenía casi el carácter de una celebración, porque fue el eje esencial sobre el cual se apoyó toda la tarea que se realizaba.

El desafío fue notable para los niños que se habían incorporado aportando sus reticencias, sus temores y las humillaciones que los marcaban y porque, superando el arraigado sentimiento de desconfianza que tenían, pudieron opinar en libertad e integrar las distintas instancias de decisión establecidas en los asilos.

En aquellos años - primeras décadas del siglo XX - no se hablaba de autogestión ni de cogestión y tampoco Korczak utilizaba estas categorías, pero en sentido estricto era lo que se practicaba en los asilos, porque los internados participaban en la mayoría de las determinaciones que se tomaban y que definían a la propia existencia de los mismos.

Korczak albergó a huérfanos y a chicos de la calle conociendo cuáles eran sus características y, para lograr el pleno desarrollo de sus posibilidades, creó en sus asilos instituciones internas, trascendentes, asignándoles a los internados responsabilidades casi totales para que los asilos pudiesen funcionar.

Las dos instituciones fundamentales fueron: el Parlamento y el Tribunal de Justicia.

En ellos, la participación de los niños no fue circunstancial, sino que ellos asumieron un verdadero protagonismo, superando totalmente las meras concesiones formales.

El Parlamento

La vida política de los asilos estaba regida por el Parlamento, formada por 22 niños diputados, elegidos por ellos mismos, quienes debían responder a los únicos requisitos de saber leer y no haber sido sancionados, con anterioridad, por robo o por engaño.

Los candidatos - tenían que merecer la categoría de "compañeros", según las normas de los asilos - debían someterse a un plebiscito. Ingresaban al Parlamento los más votados. Cinco de los niños constituían la "Comisión de Legislación", cuya función correspondía a la de una Cámara de Senadores, mientras que los restantes tenían funciones de diputados.

Todos los niños podían presentar sus preocupaciones o sus proyectos, los cuales eran debatidos y podían ser convertidos en "leyes" que obligaban a su cumplimiento a todos los integrantes del asilo, niños y adultos.

El parlamento entendía en las cuestiones vinculadas con la problemática de la vida cotidiana mediante el dictado de leyes y reglamentos que, en conjunto, guiaban las relaciones de los integrantes de los asilos, por cuanto señalaban las atribuciones y obligaciones de los niños, los docentes y el personal, incluyendo al director.

Los niños diputados decidían en las cuestiones internas, desde la inclusión de un nuevo internado a la eventual expulsión de alguno de ellos. En la organización de los asilos, el Parlamento actuaba como máximo Tribunal de Apelación y sus decisiones eran inapelables.

Como los internados concurrían a escuelas ubicadas afuera del asilo, porque Korczak entendía que era imprescindible participar de la vida de la comunidad, había fluida relación con el mundo exterior, programándose permanentemente reuniones en los asilos y en los locales de otras instituciones externas. La tarea organizativa de estos encuentros, tanto como la de eventos propios - cumpleaños, promociones escolares, fiestas internas - era tarea del Parlamento. Narra el citado educador Wassertzug algunas disposiciones del Parlamento: "El 22 de diciembre tiene por lema: 'No conviene levantarse', puesto que es el día más breve. Quien prefiera dormir y no levantarse puede hacerlo. Quien lo desee puede no ordenar su cama. Los detalles serán elaborados por la comisión legislativa del Parlamento (...) Día de la olla. Como uno de los niños mayores se negó una vez a traer la olla de comida, cuando el montacargas que iba de la cocina al comedor no funcionaba, se dispuso que en ese día dos de los niños mayores, designados por sorteo, deben traer la comida desde la cocina aunque el montacargas funcione".

También el Parlamento otorgaba tarjetas de reconocimiento a los niños de acuerdo con un estatuto acordado y sancionado. Las distinciones mayores eran tarjetas postales referidas a las circunstancias especiales: "Por levantarse a la mañana inmediatamente después de ser despertado, se confiere durante el invierno una tarjeta con un paisaje invernal; por levantarse temprano en los meses de primavera, el paisaje será primaveral, etcétera. (...) Por haber pelado dos mil quinientas libras de papas, corresponde un cuadro con flores".

El Parlamento también era responsable de la asignación de los distintos trabajos que tenían a su cargo los niños, responsables de todas las tareas de los asilos con excepción de las que correspondían a la preparación de las comidas. Para éstas se contaba con una cocinera que habitualmente recibía el reconocimiento de los niños. El Parlamento le confirió una distinción especial: "El almuerzo número 365. Por el laborioso esfuerzo desplegado durante el año, la cocinera recibirá como regalo caramelos. Lo mismo su ayudante de cocina. El lema del día es: Cumpleaños de la cocina".

Problemas de conducta

Los espacios físicos que ocuparon los asilos de Korczak fueron amplios, porque contuvieron a poblaciones infantiles numerosas que desarrollaban múltiples tareas. Para el cumplimiento de ellas se disponía de recintos adecuados; había locales para estudiar y salas llamadas "de silencio" - para quienes necesitaban reflexionar en paz - y también instalaciones que permitían actividades deportivas.

Los internados, además, realizaban trabajos imprescindibles para mantener en funcionamiento los distintos servicios de los edificios.

Korczak no diferenciaba jerárquicamente el trabajo manual y el intelectual. Los niños cumplían con sus tareas escolares y con las culturales que elegían, como con las correspondientes a las manuales, que podían realizar porque en los propios talleres de servicios aprendían a manejar las herramientas.

Por la diversidad de funciones que se cumplían, se producía un permanente entramado de niños; un ir y venir continuo que mucho distaba de ser ordenado, porque no era norma en los asilos aplicar estrictos criterios de conducta.

Los conflictos entre los niños se sucedían. Algunos muy leves y otros más significativos: palabras soeces, insultos hirientes, rencillas, empujones, golpes, desgarrones de ropa y también robo de pequeñas pertenencias.

Obviamente, este cuadro no podía ser superado sin contar con la participación efectiva de los niños, ya que las imposiciones autoritarias derivan en reacciones negativas.

La creación del Tribunal de Arbitraje - verdadero tribunal de justicia - formado por niños-jueces fue la concreción de las aspiraciones del maestro polaco, quien negaba toda posibilidad educativa a los regímenes carcelarios que en su tiempo se aplicaban en los asilos.

El Tribunal de Arbitraje

Las relaciones entre los niños y los adultos -educadores y personal- podían ser gratas y conflictivas en distintos momentos de una jornada, dependiendo ello del carácter o de la intención de las acciones que vinculaban a unos y a otros.

El análisis de esas acciones y su efecto en el conjunto, las justificaciones o las posibles sanciones, fueron tratadas por el Tribunal, tal vez la máxima expresión de autogobierno concebido por Korczak y considerado, por Wassertzug, como "uno de los más bellos logros del hogar infantil".

El Tribunal de Arbitraje estaba formado por cinco niños-jueces elegidos por sus compañeros. Todos podían ser elegidos, con la excepción de los nuevos, quienes debían cumplir un año de antigüedad para ser designados. Un sorteo público definía los nombres de los niños-jueces cuyos mandatos les permitían atender un máximo de cincuenta procesos.

Un educador oficiaba de secretario del tribunal, sin tener derecho a voto. Habitualmente la tarea la cumplía Stefa Wilczynska. El secretario del tribunal leía la acusación y la defensa de las partes enfrentadas; registraba las actas donde se anotaba la sentencia y también se encargaba de escribirla en los pizarrones para conocimiento de toda la comunidad.

Las sentencias se podían apelar en una instancia superior que era la "Comisión Judicial", también integrada por niños que permanecían un año en funciones. Había una instancia superior: la Asamblea. Entendía en los casos denunciados como atentatorios para el asilo. En ella, Korczak ejercía el rol de fiscal

En todos y en cada uno de esos pasos, los acusados tenían derecho a defenderse o a elegir defensores.

El Código de Conducta

Todas las instancias de los procesos se regían por un Código de Conducta elaborado por Korczak de acuerdo con sus criterios educativos. Obviamente, nada tenía en común con los de su época y aún hoy sus preceptos son inaplicables, más allá de merecer algún reconocimiento académico.

Del espíritu y de la letra del código emana la intencionalidad de revertir la gravitación del castigo, como recurso ordenador de la vida de relación, y por ello su normativa es calificada como una trascendente expresión de tolerancia.

Korczak lo estructuró mediante el enunciado de 110 artículos, de los cuales los primeros 99 disculpan y perdonan todas las causales que se consideraban en los procesos. Los artículos fueron agrupados en varias secciones cuyas solas denominaciones definen el criterio del código: "El tribunal renuncia al juicio", "El tribunal expresa su aprobación, su agradecimiento y su pesar", "El tribunal da una providencia de sobreseimiento", "El tribunal desea que haya reconciliación", "El tribunal perdona en razón de la ausencia de premeditación", "El tribunal decide perdonar en razón de circunstancias atenuantes", "El tribunal perdona porque el culpable se castigó a si mismo o porque demostró estar arrepentido", "El tribunal trata de ser indulgente".

El articulado, incluido en estos títulos, evidencia el propósito de afirmar los criterios de convivencia existentes en los asilos, porque no solamente intenta disculpar a quienes manifiestan comportamientos perturbadores, sino que pretende restituir lazos afectivos entre los internados cuyas rencillas habían sido llevadas a consideración del tribunal.

La transcripción de algunos enunciados permite ejemplificar cabalmente lo expresado:

"Art. 4. El tribunal tiene la certeza de que el hecho no se repetirá y renuncia al juicio

Art. 10. El tribunal no ve nada censurable en la acción de A, quien, por el contrario, dio ejemplo de valor cívico (valentía, probidad, honestidad, nobleza, sinceridad, bondad).

Art. 13. El tribunal desaprueba la acción, pero no acusa de ella a A.

Art. 32. Teniendo en cuenta que el delito fue cometido por varios, sería injusto acusar a uno solo.

Art. 40. El tribunal considera que B. no tiene motivo para estar enojado con A.

Art. 52. El tribunal perdona a A., quien no podía prever las consecuencias de su acción (no lo hizo a propósito sino por imprudencia, por error o por olvido).

Art. 63. El tribunal perdona a A., quien es muy iracundo, pero promete corregirse.

Art. 80. El tribunal perdona a A. convencido de que sólo la bondad puede enmendar.

Art. 96. El tribunal perdona a A. porque éste no trata de disculparse a toda costa”.

En los diez artículos restantes, designados con los números de las centenas (100, 200, 300...), se reconoce la justificación de la denuncia (art. 100) y se aplican sanciones, pero también éstas merecen tratamientos sumamente respetuosos porque se escalonan, llegándose a la expulsión si la falta ha sido calificada muy grave.

“El niño sancionado podía reintegrarse tres meses después. Antes de su aplicación el acusado tenía un tiempo de reflexión que podía realizar con un tutor condiscípulo o con un educador del asilo (art. 900); si, después de un período, el niño no demostraba interés en corregir su conducta, el Consejo Jurídico le aplicaba la máxima sanción”.

La publicación de las sanciones (arts. 500 y siguientes) y escribir en el pizarrón la sentencia (art. 600), o sea, hacer públicos los fallos del tribunal, eran considerados como muy severas sanciones.

En la concepción korzakiana, el correctivo aplicado -ése era el sentido de la sanción, simplemente un correctivo- alcanzaba su máximo efecto al ser publicado, porque la difusión de todos los hechos y actos que se llevaban a cabo en los asilos y alcanzaban a toda la comunidad constituía uno de los pilares sobre los que construyó su proyecto el maestro polaco.

Todo niño podía presentarse ante el tribunal para denunciar a cualquier integrante del asilo que a su entender lo hubiere afectado, pudiendo señalar a otro niño, a un educador o a un empleado. También se verificó la presentación espontánea de quienes se acusaban a sí mismos por la realización de acciones no aceptadas en el asilo.

Jacques Dodiuk fue uno de los cientos y cientos de niños que estuvieron en el Asilo de Huérfanos Judíos de Varsovia y narra con mucha precisión sus recuerdos. Refiriéndose al Tribunal de los niños, dice: “Era la institución más importante, cuyo código había sido redactado por el doctor; delante de aquel tribunal se trataban los principales delitos: injurias, golpes, robos, faltas de disciplina y negligencia en el cumplimiento de las tareas domésticas. En estos dos últimos casos, eran los educadores quienes llevaban sus reclamos contra los niños.

El acusado y el acusador se presentaban con sus testigos eventuales delante de la señora Stefa o de un guía que grababa la denuncia. El tribunal se componía de cinco jueces, de 12 a 14 años de edad, que eran elegidos por sorteo entre los niños que no habían cometido ninguna falta durante una semana. Un guía participaba del tribunal como secretario, sin derecho a voto. Anunciaba los asuntos a juzgar e inscribía los veredictos en un registro. Los veredictos eran inapelables y se leían en voz alta el sábado a la mañana, en presencia de todos, niños y guías.

El Código estaba compuesto por más de cien artículos, numerados del 1 al 100, luego 200, después 300, etc., hasta el 1000 para ser más impresionantes. De acuerdo con los términos de los 99 primeros artículos, el acusado era absuelto. El artículo 100 establecía que la acción cometida justificaba la inculpación y una sanción eventual. El artículo preveía la privación de los ‘derechos cívicos’ durante una semana y la publicación del veredicto en el diario mural. El artículo 900 afirmaba que el acusado había cometido una falta grave y tenía necesidad de la ayuda de uno de sus condiscípulos para corregirse, y el artículo 1000 decidía la expulsión lisa y llana. Este artículo era muy raramente aplicado.

Yo fui una vez juez -era una gran distinción-, pero también fui juzgado unas cuantas veces y es más, sufrí la condena del artículo 800.

También una vez presenté una denuncia contra un profesor de la escuela que me había golpeado la mano con una regla. Yo estaba indignado puesto que en el orfanato los educadores no nos tocaban jamás" (se refiere a una escuela ubicada fuera del asilo).

Asimismo, Dodiuk recuerda que Korczak se autodenuncia en varias oportunidades: por haber expulsado a un niño del dormitorio, por haber tirado de las orejas a un chico, por haber puesto a otro en un rincón, por haber ofendido a un juez.

Korczak comentaba sus procesos diciendo:

"Declaro con toda firmeza que estos procesos fueron para mi la piedra de toque de mi educación, como un nuevo educador 'constitucional' que no comete injusticias con los niños porque los quiere, sino porque existe una institución que los protege del despotismo y dictadura del educador".

Praxis y palabras

COMO AMAR AL NIÑO

Los asilos creados por Korczak fueron el resultado de las vivencias que acumuló durante años por su relación con niños provenientes de los sectores más necesitados de Varsovia, y de la experiencia desgarradora que como médico vivió en los campos de batalla.

Sus reflexiones fueron vertidas en el libro editado en 1920, *Cómo amar al niño*. Dice el autor:

"Escribí este libro en un hospital de campaña bajo el estruendo de los cañones, durante la guerra. El solo programa de la indulgencia no era suficiente".

En cuatro extensos capítulos expone sus ideas educativas, asigna responsabilidades a los participantes de los procesos de enseñanza y de aprendizaje, así como a los adultos en general, y ofrece modalidades de abordaje a las distintas problemáticas.

En el primero de los capítulos, "El niño y su familia", ofrece su visión del mundo interior del niño y trata de que la familia se pueda aproximar a los intereses que aquel evidencia, así como a los que oculta.

Situaciones que los niños jerarquizan y son menoscabadas por los familiares les ocasionan muchas angustias.

"El internado" es el segundo capítulo. Está fundamentalmente dirigido a los docentes para que conozcan y respeten las infinitas particularidades y matices de los niños: sus momentos de exaltación y de angustia. Sólo un conocimiento cabal de las características infantiles puede evitarle al maestro conducir al niño al fracaso.

El tono de Korczak es severo y su mensaje muy preciso:

"Dar a los niños la posibilidad de un desarrollo de todas sus facultades espirituales; liberar la totalidad de las fuerzas latentes contenidas en ellos; elevarlos en el amor, la belleza, la libertad... Ensayar, luego, un hombre puro. La sociedad te ha confiado un pequeño travieso para que tu lo pulas, le inculques buenos modales, lo hagas más maleable y... espera. Esperan el Estado, la Iglesia y el futuro patrón. El Estado le exigirá patriotismo, la Iglesia, fe y el futuro patrón, capacidad; los tres esperan mediocridad y humillación. Muy fuerte será abatido; muy dulce, maltratado; astuto, podrá ser comprado; pobre, su camino será ignorado. ¿Por quién? Por algunos y por todos. La vida" (pág.164)

Korczak denomina "Las colonias de vacaciones" al capítulo siguiente. En él analiza con mucha atención el comportamiento del niño que no solamente deja el asilo donde vive sino también algunas de las normas propias de los internados.

La vida al aire libre modifica muchos de los hábitos adquiridos y deben ser adaptados a las nuevas circunstancias. Por otra parte, las vacaciones son compartidas con niños provenientes de otros asilos y también de otros hogares. El reconocimiento de los nuevos grupos, las formas de jugar y de compartir, obligan asimismo a esmerar la atención APRA que la experiencia sea fructífera.

Se trata de un nuevo aprendizaje para los niños y para los educadores, quienes inauguran escenarios más complejos y deben adaptarse a otros criterios para que, por ejemplo, las horas de las comidas, las de la higienización y las del reposo contribuyan a la alegría y a la felicidad del conjunto.

Korczak señala cada circunstancia particular y abre perspectivas a los niños y a los adultos marcando asimismo sus propias dificultades:

"Nunca pensé que por causa de esos cambios continuos de lugar, me sería muy difícil conocer cabalmente a todos los niños. En mi imprudencia permití dejarlos elegir sus camas en el dormitorio. Verdaderamente, yo mismo no sabría elegir ante tantas camas.

Lo absurdo de esta disposición era tan evidente que la revoqué muy rápidamente, no tan rápidamente, sin embargo, como para evitar, al menos, el ruido y la confusión" (pág. 244).

El capítulo con el cual Korczak cierra el libro se llama "La casa de los huérfanos" y se refiere al Asilo de Huérfanos Judíos de Varsovia, aunque la problemática que trata también se aplicó con muy pocas variantes en "Nuestra Casa", el asilo que codirigió con Maryna Falska.

Comienza criticando las características arquitectónicas del edificio, porque considera que no responden a las necesidades de los internos, ya que todos los espacios (sala comedor, salas de juego y dormitorios) son un solo espacio grande, que si bien facilita el control de las acciones que se desarrollan son ajenos a la privacidad que requieren los niños.

En algunos escritos, Korczak se refiere a esta misma situación diciendo que si tuviese que hacer nuevamente un asilo lo resolvería con pequeñas piezas, como en un hotel, donde los niños pudiesen compartir dormitorios entre dos, tres o cuatro de ellos y no más, porque eso les permitiría un mayor acercamiento.

Dedica casi todo el capítulo a explicar el funcionamiento de las instituciones internas que aseguraban el cumplimiento de las múltiples tareas que se realizaban y las responsabilidades de sus ejecutores.

"Tribunal de arbitraje. El lugar que dedico en este libro a los tribunales infantiles puede parecer

desmedido para algunos: lo hago porque veo en ellos el primer paso hacia la emancipación del niño, hacia la elaboración y la proclamación de una declaración de los derechos del niño. El niño tiene derecho a exigir que sus problemas sean considerados con imparcialidad y seriedad. Hasta ahora, todo dependía de la buena o mala voluntad del educador, de su humor del día. Es hora de poner fin a este despotismo.

Código del tribunal de arbitraje. Si alguien actuó mal, se empieza perdonándolo. Pues, si lo hizo por ignorancia, de aquí en más podrá actuar con conocimiento de causa; lo hizo involuntariamente, en el futuro tratará de ser más prudente; si lo hizo porque no lograba abandonar los malos hábitos, es de esperar que la próxima vez sea capaz de hacerlo; si lo hizo por instigación de otro, la próxima vez no tendrá ganas de escucharlo. Si alguien actuó mal se empieza perdonándolo con la esperanza de que se enmiende.

Aclarando este punto, el tribunal debe velar no obstante por el respeto del orden, ya que la anarquía siempre hace sufrir a las personas tranquilas, buenas y concienzudas. El tribunal debe defenderlas, impidiendo que los fuertes, los insolentes y los perezosos les hagan daño o las molesten.

Un tribunal no es la justicia, pero hacer reinar la justicia debe constituir su principal preocupación; un tribunal tal vez no sea la verdad, pero la verdad es aquello a lo que más se aspira.

Puede suceder que un juez condene a alguien por un acto del cual él mismo es a veces culpable, porque ser juez no quiere decir estar a salvo del error; más si un juez pronunciara alevosamente una sentencia engañosa, sería realmente vergonzoso.

El tribunal se ocupa del respeto por las personas. Los hombres viven juntos sin ser iguales. El grande junto al pequeño, el fuerte junto al débil, el bueno junto al menos bueno, el alegre junto al triste. Uno está siempre bien, al otro siempre le duele algo. El tribunal se ocupa de que el grande no maltrate al pequeño y de que el pequeño no importune al grande; de que uno listo no explote a uno torpe; de que un bromista no le haga bromas de mal gusto al que no tiene ganas de bromear; de que un iracundo no busque pelea en todo momento; pero también de que los otros tampoco provoquen inútilmente.

El tribunal debe ocuparse de que todo niño tenga lo que necesita y de que no haya motivos par que esté triste o enojado.

El tribunal vela por el respeto hacia la propiedad. El jardín, el patio, la casa, las paredes, la puerta, las ventanas, la escalera, las estufas, los azulejos, las mesas, los bancos, los armarios, las sillas: si no se cuidan bien, todo estaría deteriorado, roto, sucio, afeado. Lo mismo vale para los abrigos, los uniformes, los gorros, los pañuelos, los platos, las cucharas, los cuchillos: ¡qué desastre cuando se pierden, se desgarran o se rompen! ¿Y los libros, los cuadernos, las lapiceras, los juguetes? También merecen que se los respete y que nadie los arruine.

Los daños y la pérdida que originan son algunas veces leves y otras muy graves. Los responsables se dirigen personalmente al tribunal, que decidirá si corresponde que el culpable repare el daño o si ha lugar a un recurso al fondo especial de reembolso que el tribunal suministra.

Lo mismo se aplica a la propiedad privada de los niños.

Se desconoce al culpable... Se desconoce al culpable. Nadie se dio a conocer como tal. Naturalmente, si realmente hubiera interés, finalmente se sabría la verdad. Pero espiar, sospechar, investigar, ¡es desagradable! Entonces, en el caso en que el autor del delito siga siendo desconocido, se intenta un proceso a X. Hay un juicio y se exhibe el veredicto en el pizarrón del tribunal. Si se trata de un delito que deshonra a la institución en su totalidad, el Consejo decide coser, en señal de duelo una cinta negra

a la bandera del establecimiento.

EL DERECHO DEL NIÑO AL RESPETO

Es un breve trabajo escrito en 1929 por Korczak, que complementa al ya citado „Cómo amar al niño“.

Ambos permiten conocer los principios básicos que sustentan los criterios pedagógicos de Korczak. Al centralizar en el respeto al niño toda la acción educativa, reitera severas críticas a los adultos por desconocer la multitud de obstáculos que el niño enfrenta cotidianamente y cuyas resoluciones le posibilitarán desarrollarse y alcanzar la madurez necesaria para desenvolverse en el mundo.

“iDe una mano demasiado pequeña el vaso siempre resbala! Cuántos esfuerzos, cuántos movimientos torpes tan sólo para encaramarse a una silla, subir una escalera, sentarse en un coche; imposible abrir una puerta, mirar desde una ventana, descolgar o colgar un objeto: todo está demasiado alto. En la multitud nadie hace caso, no se ve nada, sólo se reciben empellones. Decididamente, no es fácil ni agradable ser pequeño.

Hay que ser grande, ocupar bastante lugar para despertar estima y admiración. Pequeño siempre quiere decir: trivial, desprovisto de interés. Gente pequeña, pequeñas necesidades, pequeñas alegrías, pequeñas tristezas.

Sólo lo grande nos impresiona: grandes ciudades, montañas altas, árboles majestuosos.

Decimos: “una gran obra, un gran hombre”.

Un niño es tan pequeño, tan ligero... tan poca cosa. Tenemos que inclinarnos, descender hasta él.

También es tan débil; y eso es lo peor.

Se le puede levantar, lanzar hacia arriba, hacer sentar a la fuerza, ordenar que deje de correr, anular a cada instante el menor de sus esfuerzos.

¿Qué se muestra rebelde? Somos lo suficientemente fuertes para dominarlo. Decimos: “no vayas, no toques, quítate, devuélvelo” y el niño sabe que debe obedecer. Pero antes de hacerlo, ¡cuántas veces ha protestado! Y helo ahí sometido, resignado” (pág. 17).

Korczak manifiesta que la referida incapacidad el adulto es independiente de su caudal de conocimientos y que los íntimos intereses del niño también son desconocidos por los hombres de ciencia, quienes “a través de jeroglíficos, de cifras y símbolos con los que bombardean la mesa de los mortales, dan testimonio del poder del hombre (...) y también se interesan por el niño, pero los debates y las decisiones se suceden sin que se consulte jamás al interesado. Acaso, ¿tendrán algo que decir?” (pág. 18).

El universo korczakiano se fundamenta en la respuesta afirmativa al desafiante interrogante y en diferenciar las atenciones y las supuestas concesiones que se brindan al niño, aún las que se hacen a partir del amor, del reconocimiento que merece como sujeto pleno de derechos.

Por sus pocos años de vida, el niño no puede lograr cuanto necesita para crecer, pero la satisfacción de esas necesidades es un derecho propio cuya vigencia excede por completo a la decisión voluntaria del adulto.

"Nos encargamos e dirigirlo, de hacerlo, de endurecerlo. Él no puede nada, nosotros lo podemos todo. Damos órdenes y exigimos sumisión (...) Nosotros no hacemos sino estudiar los presagios: creemos preverlo (proverlo) todo, asegurarnos de todo. Esa espera angustiada de lo que será aumenta nuestra falta de respeto a lo que es" (pág. 19).

El niño nunca es totalmente previsible, y generalmente desconcierta con sus actos: "uno espera que se ría, pero, asustado, se echa a llorar".

Cuando así acontece se conjugan en el adulto posturas tan opuestas como las que, por nacer de la comprensión, observan con bondad y simpatía las reacciones infantiles o, por el contrario, descalifican desde la incompreensión. Como no siempre es posible participar de las fantasías infantiles y del mágico mundo imaginario, resulta más sencillo desacreditar que comprender. Cierta grado de resentimiento - acota Korczak- se instala en el mundo de los mayores porque éstos no pueden seguir las múltiples actividades del niño.

"Cómo cansa ese ser siempre agitado, ruidoso, curioso de la vida y de sus misterios: sus preguntas y sus sorpresas nos agotan tanto como sus descubrimientos y sus experimentos, casi siempre fallidos" (pág. 25).

En la etapa escolar, aparecen nuevos protagonistas: el educador y el grupo de niños. Las relaciones son mucho más complejas por las exigencias que pone de manifiesto el conjunto de los niños. "Tú, educador, te has hecho ya a la idea de tu fuerza y de repente te sientes débil y pequeño. El grupo, ese gigante (...) se yergue ante ti..."

Korczak analiza el comportamiento del docente haciendo énfasis en errores que comete por adoptar posiciones equívocas.

¡Cuántas insurrecciones escondidas que el educador prefiere callar, avergonzado, antes de declararse más débil que el niño! Pero una vez escarmentado, ya no tiene escrúpulos para sofocar y dominar a los insolentes. Se acabaron las confidencias, las bromas, incluso las más inocentes. Prohibido el levantamiento de hombros, los silencios obstinados, las miradas coléricas. ¡Hay que extirpar desde sus raíces esa rebeldía descarada, hay que quemarla con el fuego de la venganza! El educador comprará, pues, a los instigadores mediante algunos privilegios, escogerá a sus confidentes, castigará sin tener en cuenta a la justicia, sólo para dar el ejemplo, y estará decidido a sofocar de inmediato la primera chispa de rebelión para que ese tropel temible no intente, ni siquiera con el pensamiento, dictarle su voluntad o enfurecerse.

La debilidad del niño despierta, a veces, nuestra ternura: la fuerza de un grupo no puede sino indignarnos u ofendernos. Nada más falso que la opinión según la cual la amabilidad vuelve insolentes a los niños y la dulzura lleva consigo, inevitablemente, el desorden y la insubordinación.

En todo caso, por favor, no llamemos bondad a nuestra negligencia ni a nuestra torpeza nutrida con necedades. También entre los educadores, dejando aparte a los astutos con maneras de brutos y a los misántropos, encontramos a los buenos para nada, que nadie quiere en ninguna parte, incapaces de ocupar ningún cargo de responsabilidad (pág. 26).

El maestro polaco es pródigo en palabras dirigidas al educador. Así aconseja no modelar a todos los niños de acuerdo con un mismo criterio, ya que el desengaño será la lógica consecuencia. Algunos fingirán aceptar las sugerencias, otros se esforzarán en seguir los preceptos, pero es en la diversidad de situaciones donde radica la esencia de la función docente, debiendo reconocerse que los juicios del

educador y los del grupo no obedecen a los mismos criterios y es necesario hacer del diálogo la forma de comunicación.

Por otra parte, Korczak establece una insólita comparación. Dice que el momento más peligroso de un león no es cuando está enojado, sino cuando "está jugando y excitado y quisiera seguir retozando. Por su fuerza, un grupo de niños se parece al león" (pág. 27).

Se ha expresado en capítulos anteriores que Janush Korczak dedicó su vida a los niños marginados de la sociedad y desde los distintos lugares que ocupó como médico, escritor y educador reclamó el mayor respeto para aquéllos. Fue la constante de su vida.

Tituló "El derecho al respeto" a uno de los capítulos del libro que se comenta y en el que analiza - apasionadamente- los distintos momentos de su apelación:

- „Respeto por su ignorancia.
- Respeto por su laboriosa búsqueda de saber.
- Respeto a sus fracasos y lágrimas.
- Respeto a la propiedad y presupuesto del niño.
- Respeto por los misterios y las interrupciones
- Repentinidad del duro trabajo que es el crecimiento.
- Respeto por los minutos del tiempo presente.
- Respeto por cada momento que pasa.
- Respeto para sus ojos limpios, sus esfuerzos nuevos, su candor".

En cada una de sus apelaciones describe circunstancias y hechos que evidencian el desconocimiento que los adultos tienen de la problemática infantil y, en algunos casos, inclusive, la ignorancia, cuando no el desprecio, que pretenden ocultar mediante palabras carentes de sentido.

Dice Korczak que a través de los años fue creciendo su más firme convicción: "los niños merecen nuestro respeto, nuestra confianza, nuestra amistad".

En años apacibles, en otros trágicos, apoyado por sectores pudientes o en medio de la más patética miseria, Korczak fue fiel a sus palabras y logró contener a los huérfanos de su asilo ante los nazis, los mayores criminales de la historia, quienes finalmente, segaron sus vidas.

Korczak denosta con vehemencia los castigos corporales, pero no los menciona cuando se refiere a la falta de respeto que se tiene por los niños. El maestro polaco ubica a las agresiones físicas en un plano distinto, que rechaza y repudia; pero cuando él habla de falta de respeto se refiere a la relación que hay en el trato habitual, el normal, el que se efectúa cotidianamente en el seno de la familia, de la escuela, de la sociedad.

En este concepto, la falta de respeto al niño incluye las falsas interpretaciones que se hacen de las conductas infantiles.

"El niño ¿no sabe, no ha oído, ha entendido mal o no ha comprendido, se ha equivocado, no lo ha logrado, no da el ancho? La culpa es suya. Sus fracasos, su cansancio, cada momento difícil de su vida son otras tantas pruebas de su mala voluntad.

Un trabajo descuidado, demasiado lento, mal hecho: es negligencia, distracción, pereza, visible falta de interés" (pág. 37).

El maestro polaco compara permanentemente los comportamientos infantiles con los de los adultos, señalando el especial empeño que demuestran los mayores en desconocer la riqueza imaginativa y muy especialmente el sentido ético innato del niño.

En vez de intentar aproximaciones sensibles e inteligentes que despejen los infinitos interrogantes que suelen angustiar al niño, argumentando desde el mismo mundo irreal –a veces mágico– que crean y en el cual actúan con absoluta normalidad, descalifican, mediante la negación o la burla, la trama de los sueños que ofrecen y que constituyen la realidad del niño.

Por otra parte –dice Korczak–, los adultos suelen espiar a los niños para sorprenderlos en sus faltas: “siempre nos las arreglamos para oponer lo que hay de más valioso en nosotros, a lo que hay de peor en ellos” (pág. 28).

Con respecto al tratamiento que la sociedad debe tener con el niño de conducta aviesa, sus reflexiones lo señalan como un ser excepcional, y si se ubica su decir en 1929, es posible manifestar que su dimensión superó aquella época y también la actual.

“Si para las pequeñas faltas, para las transgresiones menores, es suficiente una comprensión paciente y amistosa, los jóvenes delincuentes necesitan amor. La rebeldía de esas criaturas es justa. Es preciso rechazar la virtud demasiado fácil y hacer una alianza con el delito solitario del maldito. ¿Cuándo si no ahora va a recibir la flor de una sonrisa?

En nuestras correccionales todavía persiste el tiempo de la Inquisición, de la tortura medieval, del ensañamiento en la venganza. ¿No ven ustedes que los mejores niños compadecen sinceramente a los que son considerados como peores? ¿Dónde está su falta?

No hace todavía mucho tiempo que el médico, humilde y dócil, daba a sus pacientes jarabes repugnantes y amargas mixturas; los ataba en caso de fiebre, multiplicaba los sangrados y condenaba a morir de hambre a los que iban a parar a esas sombrías antecámaras de cemento que eran los hospitales. Diligente ante los ricos, indiferente hacia los pobres” (pág. 41).

Los adultos, la sociedad y los educadores son siempre interpelados por Korczak, que señala límites y limitaciones que le son propios; pero pese a la aguda señalización de comportamientos equívocos, su visión es muy amplia, marca errores, pero abre caminos.

“Y nosotros, los educadores, ¿cuál será nuestro campo de acción, qué papel desempeñaremos?

Guardianes de muros y de muebles, del silencio en el patio, de la limpieza de las orejas y del piso; distribuidores de pantalones, de zapatos usados y de una ración pobre; se nos ha confiado la protección de los privilegios de los adultos y la ejecución de los caprichos de los diletantes; y hemos aquí, responsables de un rebaño que hace estragos y que estorba el trabajo y el descanso de los adultos.

Pobre comercio de temores y defensas, tienda de bisutería moral, miserable tienda donde se despacha una ciencia desnaturalizada que intimida, confunde y adormece en lugar de despertar, animar, alegrar. Representantes de una virtud en liquidación, tenemos el deber de inculcar en los niños la humildad y el respeto y de enternecer a los mayores, invocando sus buenos sentimientos. Por un salario de miseria, estamos encargados de construir para el mundo un porvenir sólido y enseñar, disimulando el hecho de que los niños, en realidad, representan el número, la fuerza, la voluntad y la ley.

El médico ha salvado de la muerte al niño; nuestro deber de educadores es enseñarle a vivir y a conquistar el derecho de ser niño”(pág. 42).

Es sorprendente que estos enunciados de los libros se elaboraran hace 80 años. No constituyeron un planteo teórico sino, por el contrario, ellos instrumentaron y organizaron la vida en los asilos de Korczak. Eran tiempos muy difíciles que supieron de períodos prósperos y de privaciones, pero que no señalaron significativas diferencias a los desposeídos y a los discriminados.

Marcaron aquellas horas la problemática religiosa con sus ríspidas intransigencias; las prevenciones hacia las propuestas pedagógicas del maestro polaco, y finalmente, la barbarie nazi que produjo grandes limitaciones en el asilo y finalmente asesinó a todos sus integrantes.

Educación y democracia

De los sesenta y cuatro años de existencia de Janusz Korczak, solamente en nueve de ellos tuvieron vigencia las libertades cívicas correspondientes a las formas democráticas de gobierno. Fue el período comprendido entre la proclamación de la República de Polonia, en 1918, y el comienzo de la dictadura del general Josef Pilsudski en 1926.

La dominación del territorio polaco por parte de la Rusia zarista, que se extendió por más de un siglo y medio, concluyó al finalizar la Primera Guerra Mundial. Las instituciones republicanas comenzaron a funcionar con los vaivenes de toda experiencia política participativa, hasta que un grupo militar interrumpió el proceso de acuerdos y de disensos inaugurado pocos años antes.

En el transcurso de la vida de Korczak se produjeron acontecimientos políticos trascendentes: la invasión a Etiopía, la guerra civil española, las guerras mundiales, la caída del zarismo, la independencia de Polonia, la fundación de la URSS, el advenimiento del fascismo y la llegada al poder del nazismo. Todos ellos le dejaron huellas y le produjeron cicatrices, algunas de las cuales no cerraron nunca.

Formado en un medio familiar que adscribió a las luchas por la independencia de Polonia, participó en movimientos de resistencia junto a jóvenes militantes socialistas, con quienes compartió la cárcel muy tempranamente por no acatar las imposiciones de los zares.

Estas experiencias exacerbaron su adhesión a los principios democráticos, como lo expresó reiteradamente, y que no sólo manifestó, sino que la puso en práctica en los hogares que dirigió, oponiéndose a normas vigentes en su tiempo.

En efecto, los asilos de entonces se regían con la severidad de las instituciones carcelarias, y sus criterios y formas de relación eran particularmente autoritarios.

La mayoría de los niños internados no tenían familias que se preocupasen por ellos y por lo tanto no contaban con ningún apoyo para expresar disenso o discrepancia por el tratamiento que recibían. Debían aceptar los rigurosos códigos elaborados para ser aplicados en institutos destinados a adultos transgresores, ya que no se marcaban con precisión diferencias entre internaciones para aquéllos y para los niños abandonados que eran destinados a los asilos.

El sistema era particularmente cerrado y de cuanto ocurría en un instituto de internación se sabía poco: también era poca la atención que merecía a la sociedad el funcionamiento de estos institutos.

Korczak modificó aquella realidad de manera absoluta. En sus asilos se establecieron normas de convivencia inéditas, reconociéndose a los internados roles protagónicos. El niño no organizaba su jornada cumpliendo órdenes impuestas, sino que respondía a las exigencias que el conjunto elaboraba, siendo el mismo un activo participante en las distintas instancias que se sucedían para definir aquellas exigencias.

Por otra parte, el maestro operó sobre la sociedad, divulgando por múltiples medios cuanto se realizaba en los asilos: conferencias, notas periodísticas, charlas radiales y, fundamentalmente, los libros que escribió dedicados a difundir su ideario y el quehacer educativo instrumentado. La tarea fue ardua. La sociedad de su época entendía poco sus criterios educativos y ello lo enfrentó a momentos muy críticos; no obstante, logró superar severos cuestionamientos y las distintas instituciones concebidas para que rigiesen la vida de los asilos fueron realidad.

El Parlamento formado por niños elegidos por ellos mismos, el Tribunal de Arbitraje, que respondió a la misma modalidad representativa; la utilización del diario mural y de la gacetilla periódica para asegurar las comunicaciones entre los integrantes de los asilos y también con el medio exterior, fueron expresiones democráticas auténticas, sin duda inspiradas en los organismos representativos de los sistemas republicanos de gobierno, que Korczak privilegió siempre.

Stanislaw Tomkiewicz es un afamado médico psiquiatra que ha investigado profundamente las realizaciones de Korczak, los fundamentos de sus obras y el contenido formativo de sus prácticas educativas. Refiriéndose a los pupilos, dice: "Les inculcó no solamente los principios de democracia y de respeto hacia el prójimo sino también el gusto por el trabajo y la honestidad. Prácticamente ningún antiguo pupilo fue a prisión por un asunto de derecho común. Eso prueba que los educó bien para hacer de ellos gente honesta...".

Desde espacios culturales muy diversos y en múltiples oportunidades se ha criticado el programa de Korczak expresándose que la contención efectiva que brindaba a sus pupilos no los preparaba para encarar las vicisitudes de la vida cuando dejaban los asilos a los catorce años de edad, y debían enfrentarse con realidades sociales de características totalmente distintas, por supuesto, más impías.

Más allá de considerar que esta crítica se reitera cuando se ponen en práctica formas educativas que crean condiciones de desarrollo individual y social distintas a las generales y que habitualmente son reconocidas como las "normales", muchos estudiosos de la verdadera gesta impulsada por Korczak afirman criterios diferentes.

Tomkiewicz trata esta temática no solamente en la proyección social -integración o no al medio- sino en la perspectiva ideológica.

"La mayor parte de los antiguos pupilos se comprometieron rápidamente con movimientos idealistas, tomando como objetivo cambiar el mundo, ya sea en el partido comunista -clandestino y minoritario pero activo en el proletariado judío-, ya en el movimiento sionista de izquierda. Convertidos en militantes, visitaban a Korczak: los comunistas lo trataban de pequeño burgués temeroso, los sionistas lo trataban de vendido a los católicos y de traidor al pueblo judío. A pesar de estas objeciones, él conservaba imperturbable su amistad y su apoyo a los antiguos pupilos".

Refiriéndose a su paso por el Asilo de Huérfanos Judíos, Jacques Dodiuk dice, en el citado reportaje de Information UNESCO: "Fueron años muy felices. Me marcaron profundamente; el Dr. Korczak me inculcó la franqueza, la honestidad hacia los otros y hacia uno mismo, el respeto por el trabajo, ya sea

manual o intelectual. Este período decisivo de mi juventud lo pasé en una atmósfera de confianza, de solidaridad, de tolerancia. De ahí extraje la fuerza que me permitió ser fuerte frente a los sufrimientos de la vida y sobrellevarlos”.

En los años de la infancia, Korczak sintió profundamente las diferencias sociales existentes entre los miembros de su familia, perteneciente a la burguesía acomodada, y las personas que servían en el hogar paterno. En el Diario del Gueto lo expresa, recordando un diálogo mantenido con su abuela:

“Se necesitaba eliminar el dinero. Ni más ni menos. Cómo y dónde tirarlo y, qué hacer después, es muy probable que yo no lo supiera. Entonces sólo tenía cinco años y el problema era particularmente difícil. Qué hacer para que no hubiera más niños sucios, harapientos, hambrientos, con los que no estaba permitido jugar en el patio, o bajo un castaño...” (pág. 15).

Años después, recorriendo los barrios pobres de Varsovia, pudo dimensionar en una escala mayor las difíciles condiciones de vida de la gente que los habitaba, en contraposición a las que caracterizaban al medio acomodado del cuál él provenía.

La elegida militancia socialista lo llevó a vivir en hogares obreros; en ellos vivenció las falencias que los agobiaban y la casi imposibilidad de superar el angustiante cuadro de miseria existente. Entonces ejercía la profesión de médico en esos ámbitos obreros y también en los sectores acomodados del medio familiar.

Las discordancias eran claras y aquella temprana rebeldía ante las desigualdades existentes profundizó en el joven profesional el convencimiento de tener que luchar para imponer la justicia inexistente. Entendía que los principios y las formas democráticas del gobierno podían asegurar el cambio que reclamaba, porque básicamente se fundamentaban en la participación responsable de todas las personas que constituían una comunidad.

Korczak sufrió mucho por la discriminación socioeconómica y también fue profundamente afectado por la intolerancia religiosa que creaba dolorosos enfrentamientos, nos siempre incruentos, pues en distintos momentos históricos se sucedieron actos de violencia sumamente crueles.

Protagonista y testigo de tiempos de desencuentros, encaminó su práctica a posibilitar la superación de discrepancias y antagonismos originados en lejanos tiempos, pero vigentes pese al transcurrir de los años.

Esta definitoria característica de su personalidad y su capacidad para crear espacios de integración le permiten a Stanislaw Tomkiewicz afirmar que para Korczak democracia significaba “ni polaco, ni judío, ni comunista, ni sionista; ella quería decir: respeto para sí y para los otros, como son”.

La vida de Korczak fue azarosa; conoció y participó en medios tan distintos como los frentes de combate y la cátedra universitaria; los barrios obreros y los hogares pudientes; la lucha clandestina y la plena utilización de los medios legales; la prensa escolar y las editoriales comerciales. En ellos fue considerado y reconocido. En todos ellos exigió respeto por las diferencias que inapelablemente particularizan a las sociedades.

Pero más allá de esta apelación genérica exigió, en toda circunstancia y momento, respeto para el niño.

Lo exigió a los adultos, a los educadores, a los médicos, a los soldados, a las instituciones sociales, a los ricos y a los pobres. También al nazismo. Pero sus esbirros desconocieron desconocieron la gesta korczakiana y, respondiendo al programa de exterminio instrumentado, asesinaron al maestro polaco, a sus docentes y a sus niños.

Se ha referido que el Parlamento de los niños, el Tribunal de Arbitraje y el Código de Perdón fueron concebidos por Korczak para posibilitar la convivencia en sus asilos. Ello fue así y cuanto concernía a la relación entre los internados y los educadores tuvo, en estas instituciones, respuestas valederas.

Pero para que la vida diaria transcurriese sosegadamente -objetivo no fácil de alcanzar debido a la considerable población infantil que vivía en los asilos y a sus particulares rasgos- y, al mismo tiempo, para mantener activos y expectantes a los niños, el maestro apeló a otros recursos no habituales, que dimensionan su capacidad creadora.

Salomón Wassertzug narra que uno de los más importantes fue la información pública, a través de pizarrones, de cuanto ocurría en los asilos. En ellos no solamente se hacía referencia a las actividades a cumplir, sino que se obligaba al niño a definirse respecto a ellas.

"Esta tarde salimos al parque"; "Mañana vamos al cine", se escribía en el pizarrón ubicado en la sala principal y los niños debían anotarse si estaban dispuestos a participar.

Los anuncios se referían también a muchas otras situaciones. Debajo del titular "Doy las gracias y pido disculpas" se consignaban circunstancias eventuales: ayuda recibida por parte de un compañero para realizar alguna tarea escolar o las habituales en los asilos; reconocimiento por haber sido defendido o apoyado en alguna riña, como también haber recibido favores por parte de personas conocidas e incluso extrañas: "agradezco a mi maestro que me trata bien"; "gracias al cocinero por el agradable almuerzo".

También los educadores enviaban mensajes a los niños, quienes se sentían muy confortados.

El recurso de usar el pizarrón como medio de comunicación para que los niños y los educadores encontrasen un lugar público común para establecer relaciones fluidas fue un acierto, pues todos podían agradecer o disculparse por acciones cometidas que pudieron ocasionalmente haber ofendido o agraviado. Pero, además, valorizaba el ejercicio de dar a conocer a todas las situaciones surgidas en la vida cotidiana. Desde ese punto de vista, constituía un medio más que mostraba las posibilidades de las prácticas democráticas, fundantes del quehacer educativo de Korczak.

Como todas estas expresiones se escribían en el pizarrón siguiendo un ordenamiento vertical, eran denominadas "listas" y ciertamente fueron respetadas por todos. Algunas eran transitorias - dependían de circunstancias momentáneas-, otras, por el contrario, eran permanentes.

Dice Wassertzug que, entre estas últimas, una de las más importantes era la dedicada a "transacciones" entre niños, una actividad muy relevante en los asilos, que, habitualmente, se prohibía.

Los niños cambian, truecan o venden entre ellos objetos, cosas que les interesan, sin atender a los valores reales que pueden tener, sino al deseo de poseerlas. Generalmente los adultos cuestionan estas transacciones.

Para Korczak representaba una actividad importante, pues reconocía el valor que tenía para los niños y, como su visión se centraba en la problemática infantil, favorecer las transacciones entre ellos evidenciaba los niveles de crecimiento que alcanzaban.

En su libro Si yo volviera a ser niño, se lee:

"Porque nosotros los niños nos diferenciamos de ustedes los grandes. Poco nos importa el precio de venta de un artículo. Nosotros conocemos los objetos necesarios y los innecesarios, y siempre estamos dispuestos a cambiar una cosa rara, pero que es indiferente, por algo que queremos tener. Si ustedes quisieran adentrarse en nuestras transacciones comerciales, verían que entre nosotros el engaño tiene un aspecto muy distinto.

Las transacciones libremente acordadas entre los niños eran escritas en los pizarrones y publicadas en la gaceta de los asilos. Recién entonces tenían valor y obligaban a su cumplimiento.

Agrega Wassertzug que Korczak "utilizaba todos los medios educativos posibles capaces de influir sobre el niño ayudándole a fortalecer su voluntad y formar su carácter". Así apelaba a recursos inauditos, como "el sistema de apuestas que producía resultados increíbles".

Las apuestas voluntarias eran una opción para los niños que no podían corregir vicios o comportamientos enojosos. Estos "apostaban" con un educador -generalmente el propio Korczak- a no insistir en su acción por un período breve (una semana) y se reiteraban hasta que el niño superaba o no la cuestión: "Quiero dejar de mentir", "Quiero dejar de pegar a los niños pequeños", fueron algunas de las apuestas recordadas.

Para el niño eran un verdadero desafío, pues debía vender su negativa predisposición y voluntariamente -sin sanción alguna por parte de los educadores -enmendarse. "El objetivo de la apuesta era no imponer a los niños rígidas prescripciones, sino despertar en ellos un ansia, un deseo de perfeccionamiento, de automejoramiento".

Una jornada en el asilo

Pocas de las personas encerradas tras los muros del gueto de Varsovia sobrevivieron al Holocausto. Por ello resultan valiosas las declaraciones testimoniales y los documentos que eventualmente elaboraron, como ocurre con los del bacteriólogo Ludovico Hierszfeld, quien, en su libro Historia de una vida, narra aspectos del acontecer cotidiano cotidiano en el Asilo de Huérfanos, exaltando la preocupación de Korczak por los aspectos materiales del asilo y también por los espirituales de los internados.

Es conocida, así, la intensa actividad desplegada por el educador para asegurar la permanencia de los huérfanos en condiciones dignas y que ello le demandó su tiempo casi con exclusividad. Pudo proyectar, no obstante las penurias económicas y políticas, programas para atender a la formación integral de los niños, quienes accedían a las posibilidades que les otorgaban la música, la danza, la pintura, la literatura, el atletismo, y la lucha grecorromana. También la filosofía -Platón y la mitología griega- y los cursos que Miguel Najdorf tenía a su cargo, pues Korczak entendía que el ajedrez constituía una práctica relevante en la formación de los internados.

Coros infantiles, teatros de títeres, representaciones de la dramaturgia universal interpretada por los propios internados con obras escritas por ellos mismos y por sus docentes, sirvieron asimismo para relacionar a los niños del asilo con los otros del gueto, porque las funciones se realizaban para todos ellos.

Jacques Dodiuk fue llevado por su madre, a quien resultaba muy difícil mantenerlo, al asilo de Korczak. Recuerda "allí fui feliz". Cuando, en una entrevista, se le preguntó cómo transcurría el día, responde:

"Levantarse a las 6 de la mañana; desayuno a las 7. Como segundo desayuno nos daban un bocadillo que llevábamos a la escuela, puesto que todos frecuentábamos las escuelas de la ciudad. Yo iba a la de la calle Grzybowska, que recibía niños judíos. El sábado era feriado, y el domingo íbamos a clase. Eso nos distinguía de los niños católicos que se burlaban de nosotros, lo que nos hacía sufrir mucho.

A las 3 de la tarde volvíamos al orfanato para el almuerzo. Luego de lo cual hacíamos los deberes. Asimismo, cada uno de nosotros debía cumplir una tarea doméstica, pues en el orfanato no había personal para eso, salvo una cocinera y dos ayudantes:

- ¿Cuáles eran las ocupaciones de ustedes fuera del trabajo escolar?

Teníamos un taller de carpintería (estaba dirigido por nuestro portero, el Sr. Zalewski, quien fue asesinado por los nazis durante la guerra. Habiendo trabajado durante 20 años en el orfanato, quiso quedarse con los niños cuando el orfanato fue transferido en el gueto a fines de 1949, pero los alemanes se lo prohibieron pues él era ario). Allí fabricábamos juguetes, raquetas de ping'pong, guirnaldas para el árbol de Navidad -que regalábamos a los niños internados en el hospital-. Hacíamos también un poco de escultura en madera y las niñas podían trabajar en la sala de costura. Practicábamos también música: violín, mandolina, acordeón, y habíamos formado tres coros, que dirigía "Basia" (Bárbara), la esposa de Newerly.

Aparte de diversas actividades deportivas, pasábamos los dos meses de vacaciones de verano en el bosque, en una casa que pertenecía al orfanato: podíamos nadar en el Vístula, y hacíamos muchas excursiones. El Dr. Korczak y la Sra. Stefa se quedaban con nosotros durante las vacaciones.

Además hacíamos teatro, montábamos dos o tres espectáculos por año".

Concluidas las tareas de apoyo escolar que los educadores brindaban a los niños, comenzaba un tiempo libre de obligaciones que se extendía hasta el momento de la higienización, previo a la hora de la cena. Muchas eran las elecciones que podían efectuar en los asilos o en actividades que podían darse fuera de los mismo, pero las opciones se concretaban por grupos, de forma tal que se cumplía una actividad plena, por supuesto, con todas las contingencias de conducta lógicas.

Agrega Dodiuk, "cuando dos niños querían pelearse, se les autorizaba a hacerlo en una pista especial de la sala de recreación, en presencia de testigos. Había que respetar ciertas condiciones: ser de la misma edad, tener la misma fuerza. Se detenía el combate antes de que corriera sangre. En cuanto a mí, a partir del momento en que comencé a usar anteojos no tuve más el derecho de pelearme: era demasiado peligroso".

Los sábados a la tarde salían del asilo para visitar a las familias. "Antes de ello -continúa Dodiuk- era necesario pasar el examen de calzados, que lustrábamos cuidadosamente y presentábamos a la Sra. Stefa. Los dos orfanatos (Korczak se ocupaba de otro establecimiento en el cual los pensionistas eran católicos) se mantenían gracias a instituciones filantrópicas; también vestimentas y calzados provenían de donaciones. Los niños que se habían portado bien durante la semana recibían calzado casi nuevo. Una vez yo fui distinguido con ese premio, pero la semana siguiente la Sra. Stefa me dio un calzado gastado. Yo lloré. La vestimenta y el calzado son cosas muy importantes para los niños...

Había que estar de vuelta a las 7 de la noche, acompañados por los padres o tutores. Me acuerdo que un día fui a pasear con mis compañeros por las orillas del Fístula. Volvimos tarde, y nuestros padres, muy preocupados, nos esperaban en el orfanato. Fuimos juzgados por el Tribunal.

Durante una semana no teníamos derecho a visitas, pero nuestra vida era tan completa, tan interesante, que no extrañábamos.

La republica de los niños

Se ha generalizado la expresión "república de los niños" para definir el espacio institucional y la práctica educativa creados por Korczak destinado a los huérfanos y a los chicos que vivían en las calles de Varsovia.

Marc Turkow, amigo personal y colaborador del maestro inmolado por los nazis, es autor de una biografía de éste. En ella no duda en apelar a la expresión república en distintos momentos de su trabajo, como también lo han hecho otros investigadores.

Stanislaw Tomkiewicz expresa que Korczak nunca utilizó ese término en sus trabajos escritos, pero el funcionamiento de los asilos hace posible validar la expresión "república de los niños".

Existe semejanza en el reconocimiento de las instituciones internas descritas y las formas de gobierno republicanas, siendo el rasgo más destacable la participación efectiva de los internados en la conducción de los asilos, incluyendo la efectiva presencia que tenían en las cuestiones educativas.

El número de educadores con responsabilidades docentes era reducido, pese a que, además de quienes se desempeñaban permanentemente, concurrían estudiantes de los profesados docentes de Varsovia a realizar prácticas que eran organizadas y supervisadas por el director.

Es cierto que Korczak descreía de los especialistas en psicopedagogía; inclusive lo expresaba con el tono mordaz que solía utilizar cuando se comunicaba con los adultos.

"Las viejas nodrizas y los albañiles son muchas veces mejores pedagogos que los psicotécnicos diplomados; (...) cuando necesite docentes para el instituto los buscaré en la calle entre los muchos oficios existentes, pero me cuidaré mucho de traer a estudiantes de los cursos de pedagogía", y agregaba: "para los niños es más importante una vieja contadora de cuentos que una psicopedagoga".

Pero sí confiaba en los niños a quienes asignaba responsabilidades concretas.

Al ingresar un niño al asilo se le designaba un internado tutor. Éste introducía al recién llegado en las distintas actividades y registraba en un cuaderno todas sus observaciones sobre la personalidad del ingresante y su comportamiento con el grupo, así como sus tensiones y preocupaciones por la experiencia inaugurada.

No siempre el niño tutor era mayor que el ingresante y ello ocasionaba problemas en algunas circunstancias, pero eran elegidos por otras condiciones, ya que Korczak no creía que la edad fuese por sí sola sinónimo de mérito.

En los asilos, muchos niños se desempeñaban como tutores y guías para las múltiples actividades que se desarrollaban. Esta innovación permitía a niños despreciados por la sociedad alcanzar verdaderos sentimientos de autoestima, que era uno de los objetivos más anhelados por el educador polaco.

Cuando uno de los pupilos era tratado por el Tribunal de arbitraje y se le aplicaba el artículo 900, previo a la expulsión, se le asignaba un tutor -niño o educador- para asistirlo por un período de tres meses, con la intención y el deseo de que lograra superar su conducta. En una decisión tan importante - permanencia o separación de un internado- el maestro polaco estimaba tan válido el aporte que podían hacer los niños como los educadores.

En muchas ocasiones, Korczak se refirió a los asilos como instituciones verdaderamente educativas, porque toda la actividad que desarrollaban permitía el crecimiento de los internados, no solamente en sentido biológico sino también en los aspectos morales y espirituales.

Éste es un concepto que define la filosofía de su postura de manera absoluta. La delación fue una práctica impuesta para controlar a la sociedad y la realizaban algunos de los propios integrantes de los sectores castigados. Haber negado esa práctica como norma de conducta fue, en esos tiempos, una importante contribución a la salud espiritual de los internados.

Sintió, y lo expresó en distintos momentos, su desazón por atender a un grupo reducido de niños cuando las necesidades del medio eran mucho mayores. Inclusive se lamentó por haber abandonado la práctica médica en una clínica para menores, pero esas decisiones fueron tomadas para dedicar todo su tiempo a los asilos.

En una carta fechada en 1936, cuando la tragedia era inminente porque el nazismo amenazaba con un poderío militar enorme y ninguna de las grandes potencias intentaba ponerle límites, refiriéndose en forma elíptica a la situación política de Europa y al sentido del trabajo en los asilos, le dijo a un amigo:

"Cimentar la organización de los niños en la simpatía mutua y la justicia. Alejarlos a tiempo de las perniciosas influencias de los problemas de los mayores. Darles años de tranquilidad y ternura para que crezcan y maduren. No oprimir, ni angustiar, ni recargar, ni descuidar, ni agraviar. Confieso que no lo hice con todos, sino sólo en el Hogar de Huérfanos. Pese a las duras condiciones, esto es un oasis que, lamentablemente, ahora está siendo cubierto por las malas arenas del desierto que se cierne en torno a nosotros".

Fuente: www.escuelaintegral.edu.uy/servidoreihu/beershevaeihu/pag/histninos.htm

Ultimo tren a Treblinka (Película: 23')

Documental que relata la historia del médico y pedagogo polaco Janusz Korczak, quien murió en un campo de exterminio nazi en el año 1942, junto a los 200 niños del asilo que dirigía en el ghetto de Varsovia. El trabajo fue realizado sobre la base del libro "Janusz Korczak, maestro de la humanidad" escrito por Rubén Naranjo.

Realización: Jorgelina Hiba, Diego Fidalgo, Germán de los Santos

Duración: 23 minutos

Rosario (Argentina) 2003

Fuente: <http://ultimotrenatreblinka.blogspot.com/2005/08/sinopsis-documental-que-relata-la.html>

Mas: www.korczak.info